



Los pasos de América

Luis Montilla (miembro del Secretariado Confederal de STEs-i)

U

n fantasma recorre América...

Esta podría ser la evocadora sentencia con la que comenzar un análisis

de las circunstancias políticas que vienen estremeciendo Latinoamérica en los últimos tiempos. Ninguna persona con un mínimo de conciencia de clase y elementales conocimientos históricos permanece impermeable a los acontecimientos que, con más o menos estridencia, se vienen produciendo en varios países de Centro y Sudamérica. Antes de nada, es importante no perder de vista un dato esencial a la hora de abordar cualquier análisis mínimamente sistemático: ni Argentina es Venezuela, ni Bolivia es Uruguay, ni Chile es Cuba, ni Brasil es ninguno de los anteriores. Los procesos por los que la llamada "izquierda" ha ido llegando al poder en estos países son radicalmente diferentes; es más, en alguno de ellos habría que negar directamente la mayor: la izquierda no gobierna.

Es cierto que nos encontramos ante una gran crisis política en ese continente. Probablemente se trate de la situación más convulsa, local y globalmente considerada, desde la independencia americana. Es verdad también que se ha producido una ruptura con un pasado directamente fascista y decididamente militarista. Y es perfectamente lógico que tal cambio alimente, allí y en el resto del mundo, esperanzas de consolidación, eso sí a largo plazo, de democracias avanzadas. La ilusión, sin embargo, no debería nublar nuestra percepción de una realidad no menos tozuda: el poder transnacional, globalizado, neoliberal, y sus agentes político-militares más expeditivos (Banco Mundial y FMI, por un lado, y Estados Unidos, por otro) continúan amenazando cualquier paso decidido a romper con



las ataduras de las debilísimas estructuras económicas de los países de Latinoamérica.

Cuba y Venezuela no son una excepción. En estos dos casos la situación es transparente: amenaza permanente de invasión militar de la isla, por una parte, y golpismo más que constatado en el caso venezolano. En Uruguay, por su parte, el Frente Amplio no ha sabido o no ha podido cumplir su propia línea programática aprobada en 2003, y la contestación tanto interna como social aumenta cada día, sin que el Gobierno acierte a adoptar medida alguna para reconducir la situación; antes al contrario: la firma de la Carta de Intención con el FMI hipoteca definitivamente la economía uruguaya. En Brasil, los problemas de Lula son bien conocidos, y su

coqueteo inexplicable con dios y con el diablo caracterizan su gobierno, aprisionado y presionado por los mismos poderes que citábamos. Morales, por su parte, ya ha recibido las advertencias pertinentes; debemos no perder de vista sus dos grandes desafíos: la lidia con Repsol y la gestión del autonomismo reaccionario. Démosle tiempo. En Argentina, la última escenificación de Kirchner ha consistido en perpetrar solemnemente un desfalco de la riqueza argentina para contentar al FMI. No importa que Buenos Aires sufra constantes cortes de luz o que en el norte del país falte agua; no importa que, a diferencia de Brasil, Argentina se haya plegado a pagar unos intereses abusivos, endeudándose con su propio Banco Central; ni importa que, al mismo tiempo, el Presupuesto para este año garantice un aumento de ganancias para empresas de contrastado altruismo como Repsol.

¿Estas circunstancias han de ensombrecer cualquier análisis? Rotundamente, no. El simple hecho de que el espaldón de turno no patrulle en cada esquina ni debajo de cualquier rotativa, constituye, conociendo la historia americana, un buen comienzo; y si a ello unimos la aparente, deseable y progresiva extinción del modelo "político intachable respaldado por Washington que dirige la transición de la dictadura a la democracia y que acaba teniendo que huir del país por delincuente", entonces el panorama que se adivina es más que alentador, ello a pesar de desgraciados retornos, como el de Alan García en Perú.

El asunto chileno es paradigmático y merece tratamiento distinguido. La *compañera* Bachelet ha sido unánimemente presentada internacionalmente como la víctima que redimió Chile de sus pecados. No es cierto. Verónica Michelle Bachelet ha demostrado en más de

